



## ¿Exotismo...? De Viajeros y el espacio americano

Mónica Marinone<sup>1</sup>

### Resumen

El ensayo traza líneas imaginarias desde Alejo Carpentier a Julio Verne a partir de cuatro artículos de poca circulación que el cubano publicó en la Sección “Letra y Solfa” del *Nacional*, en 1952. Tensados entre la *racionalidad científica* y la *exploración de lo desconocido* (al “estilo” Verne), dichos artículos fueron escritos en un nudo central del espacio americano desde la llegada de los europeos (el Orinoco y la selva). A través de la consideración del *exotismo*, indago la contribución de Carpentier a un imaginario conflictivo, gestado por la escritura colombina y engrosado después por relatos de viajeros que han oscilado entre aspiraciones a veces antagónicas, y reviso una torsión del concepto de lo *maravilloso* que Carpentier asociara a lo *real* en su conocida categoría de interpretación de este continente.

### Palabras clave

Exotismo- Viajeros- Orinoco- Carpentier

### Abstract

The essay draws imaginary lines from Alejo Carpentier to Jules Verne from four articles of little circulation published by Carpentier in “Letra y Solfa” (*El Nacional*), in 1952. Tension between *scientific rationality* and *exploring the unknown* (Verne’s style), these articles was written in a central node of the American space since the arrival of Europeans (the Orinoco and the jungle). Through consideration of *exoticism*, I investigate Carpentier’s contribution respect a complex imaginary that came up in Colon’s writing and later in traveler’s narratives which have oscillated between sometimes conflicting aspirations. Finally review a twist of the concept *maravilloso* associated to *real* in his category known interpretation of this continent.

### Keywords

Exotism – Travelers- Orinoco- Carpentier

“-No viajaré más que en sueños-, dijo el niño Verne a su madre después de que un policía lo detuviera momentos antes de embarcarse como grumete a bordo del Coralie rumbo a las Antillas. Por lo menos a la América tropical jamás vendría sino a bordo de mapas, bitácoras y crónicas de famosos aventureros” (28-30). Es el comienzo de una carta imaginaria escrita por el venezolano Salvador Garmendia en 1997 a uno de esos famosos aventureros, Jean Chaffanjon, un francés que adoptara Venezuela como “patria de la vocación y la aventura” (28). Palabras más o menos es el mismo comienzo de su Prólogo para una edición de *El*

<sup>1</sup> Argentina. Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Especialista en literatura y cultura latinoamericanas, docente e investigadora en la Facultad de Humanidades - CELEHIS (Universidad Nacional de Mar del Plata) y profesora invitada por universidades argentinas y del exterior. Ha desarrollado sus últimas investigaciones sobre el Caribe continental, que derivaron en los ensayos *Escribir novelas. Fundar naciones y Rómulo Gallegos. Imaginario de Nación*, siendo convocada para la actualización del Diccionario General de Literatura Venezolana (DGLV). Es co-autora de *La reinvencción de la memoria, Senderos en el bosque de palabras y Escrituras y exilios en América Latina*. Ha publicado artículos en volúmenes colectivos, revistas nacionales e internacionales, coordinado antologías y, en colaboración, tres volúmenes internacionales: *Grabar lo que se desvanece. Narrativas de la memoria en América Latina; Viaje y Relato en Latinoamérica, y Noticias del diluvio. Textos latinoamericanos de las últimas décadas*. Está escribiendo, por solicitud de una editorial española, un ensayo sobre las novelas de Denzil Romero. Contacto: [mmarinone@gmail.com](mailto:mmarinone@gmail.com)

*soberbio Orinoco* de Julio Verne, en 1979.<sup>2</sup> Hoy regreso a ellas intentando trazar líneas (también imaginarias) hacia Alejo Carpentier, tan amante de Verne en su niñez como Garmendia.

Como se sabe, los escritos de J. Chaffanjon y en menor medida los de Eliseo Reclus, viajeros afanados en registrar cada detalle de sus exploraciones del Orinoco durante la segunda mitad del XIX, son las fuentes primarias de J. Verne cuando arma su novela sobre dos ejes o búsquedas analógicas. Por una parte, la de un padre desconocido en la piel de la protagonista,<sup>3</sup> la travestida Juana de Kermor y entramado a ello, la aventura de remontar las aguas del Gran Río, llamado justamente el Río Padre, en la piel de tres sabios cuya pretensión es situar el origen de ese río. En este sentido, si Verne (33) no escatima la hipótesis de Colón vertida a través de Juana (“El Orinoco sale del Paraíso”), esto es, si la inscribe en tanto reconocimiento al prestigioso navegante por boca de quien no es una científica y como prueba del control completo de la información sobre el tema, desde el primer capítulo impone dicho origen en la estricta geografía que lo obsesiona, atendido con rigor a la autoridad de fuentes más *fidedignas*. A propósito, interesa un primer efecto de recepción de esta novela: leída por sus contemporáneos, invierte el gesto que la genera pues *El soberbio Orinoco* (el renombre de su autor) despierta la curiosidad sobre dichas fuentes primarias y legitima a algunos de los viajeros que se atrevieron por esa época y antes, a la peligrosa empresa “real”.

Es una de las novelas americanas de Verne,<sup>4</sup> no por casualidad emplazada en un lugar de extrañeza y fascinación donde para muchos lo extraordinario resulta posible; ese lugar que propicia una red discursiva desde la llegada de Colón a tierra firme,<sup>5</sup> de ahí la evocación de su frase, reveladora de un imaginario tensado entre el mito edénico y la utopía.<sup>6</sup> *El soberbio Orinoco*, escrito por un francés en la lejanía (“Brujo francés” o “Brujo de Amiens” llamaban a Verne algunas gacetillas periodísticas de su tiempo, después fue

<sup>2</sup> Me refiero a “Este infeliz muchacho que se llama Jules Verne” (Garmendia 1982).

<sup>3</sup> Recordemos que Juana de Kermor, a efectos de pasar inadvertida, recurre a un disfraz de varón para emprender la travesía y se hace llamar Juan de Kermor.

<sup>4</sup> Dos articulan contextos argentinos: *Los hijos del capitán Grant*, donde se describen las “Pampas argentinas”, con detenciones dignas de mencionar en nombres, zonas y aspectos de nuestro país como la palabra Pampa (de origen araucano, que significa llanura de yerbas), el mate (“bebida fuerte usada en América del Sur (es) el té de los indios que consiste en una infusión de hojas secadas a la lumbre y se sorbe, como las bebidas americanas, por medio de un tubo de paja”), los gauchos (agricultores, pastores y nada más), Buenos Aires (“la provincia más vasta y más poblada de las catorce que componen la República Argentina.... Su territorio es asombrosamente fértil. Un clima particularmente salubre caracteriza aquella llanura cubierta de gramíneas y de plantas arborescentes leguminosas, la cual presenta una horizontalidad casi perfecta hasta el pie de las sierras de Tandil y de Tapalquen”), etc. La otra es *El faro del fin del mundo*. En 1884 se construye en la Isla de los Estados, el faro de San Juan de Salvamento y una Subprefectura como estación de salvataje. El faro recibe el nombre de “Faro del fin del mundo” precisamente por la novela de Julio Verne (*Le Phare du Boute du Monde*, 1905). Es la única luz para los navegantes en el mar austral; también, la última referencia antes de la Antártida.

<sup>5</sup> La cita completa de Colón es: “Y digo que, si no procede del Paraíso Terrenal, que viene este río y procede de tierra infinita, pues<ta> al Austro, de la cual fasta agora no se a avido noticia. Mas yo muy assentado tengo el ánima que allí, adonde dixé, es el Paraíso Terrenal, y descanso sobre las razones y autoridades sobre escriptas” (Colón 1982: 220).

<sup>6</sup> Me refiero, es claro, a la utopía renacentista como parte del proceso de secularización, a la idea de progreso ascendente y al cumplimiento de la promesa de felicidad y, respecto del fortalecimiento de estos conceptos, a la importancia del descubrimiento de América, el continente vuelto receptáculo para dichos sueños de la razón moderna.

visionario y profeta), abre espacio a la ficción literaria en esa urdimbre saturada, antes del s. XX, de relatos de viajeros que si son discursos de registro y clasificación, en su querer explicar a su vez contribuyen a la afirmación de dicho imaginario conflictivo. Pienso en el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de A. de Humboldt (1816), *El Orinoco y el Caura. Relación de viajes realizados en 1886 y 1887* del aludido Jean Chaffanjon, *Viaje por Colombia* o las referencias en la *Nueva Geografía Universal*, de Eliseo Reclus, pero mucho antes, *El Orinoco ilustrado y defendido* del jesuita Gumilla (1741),<sup>7</sup> y no me detengo en anotaciones parciales de otros que emprendieran la misma travesía. Todos, aun con la compulsión de inventariar cada elemento de esta geografía, exaltan el exotismo de una vastedad inextricable e inexplorada donde el Padre Río es un emblema de lo abismático, lo sugerente, el enigma.

El uso “exotismo” es pertinente, por lo señalado y porque mis observaciones dialogan con algunos planteos de César Aira (74) sobre el problema, por ejemplo su referencia a la “colaboración” de ficción y realidad bajo el signo de la inversión: “para que la realidad revele lo real debe hacerse ficción” dice, instalándonos de lleno en los nudos de la urdimbre que menciono y en el primer efecto de recepción del *Soberbio Orinoco*, que cobra un énfasis inusitado desde esta reflexión. También dialogan con una posibilidad descrita por Aira cuando se trata de ver lo que nos rodea,<sup>8</sup> así como de provocar extrañamiento y descubrimiento, la del “extranjero que se hace viajero”, la de todos los casos citados antes, una posibilidad material o sólo simbólica, como ocurre con Julio Verne por ejemplo, quien insta esta latitud de nuestro continente apelando a lecturas e imaginación, en la pura inmovilidad de su silla de ruedas, y construye como dispositivos a unos personajes con miradas menos y más científicas que sí pueden remontar con agilidad el Río Padre. Vale la pena mencionar que la protagonista así como su acompañante son franceses, bretones de Nantes, y los sabios son tres geógrafos nativos que discuten a diario en la biblioteca de la Universidad de Ciudad Bolívar, aunque sus fisonomías, como la del Libertador, “no desmienten su origen vasco... (con) algo de sangre corsa e india en las venas” (Verne: 15-16).

Pero el viajero puede no ser extranjero y sin embargo pretender lo mismo: entonces, dice Aira, es el escritor haciendo su trabajo. Producir el extrañamiento y el descubrimiento han sido motores para algunos americanos embelesados con esta región y con dramatizar relaciones y marcas a través de las que la han pensado y escrito; compelidos por cierta

<sup>7</sup> El 16 de julio de 1799 A. von Humboldt y A. Bonpland llegan a Venezuela (“en lugar de algunas semanas, nosotros residimos un año entero en la Tierra Firme; sin la enfermedad que reinó a bordo del “Pizarro”, no hubiéramos jamás penetrado en el Orinoco”. Cfr. *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*: XXVI). En diciembre de 1886, el explorador francés Jean Chaffanjon remonta el Alto Orinoco intentando llegar a las cabeceras del río. El Padre José Gumilla es uno de los jesuitas que se dedica a describir la fauna del Orinoco y la Guayana. Julio Verne jamás tuvo ocasión de conocer tierras tropicales; para escribir su novela siguió a J. Chaffanjon, a Eliseo Reclus -autor de un *Viaje por Colombia* que lo llevó a orillas del Orinoco-, y probablemente aunque en menor medida al P. Gumilla. Más allá de quienes escribieron relatos de viaje, después de Humboldt y antes de Chaffanjon muchos exploradores se sintieron atraídos por coronar la proeza de remontar el Orinoco: Díaz de la Fuente, Solano, Codazzi, Francisco Michelena y un austríaco, Schomburgk son algunos de ellos. Casi simultáneamente a Chaffanjon también arriba a Venezuela con este propósito el italiano Ermanno Stradelli. (Tomo estos datos del dossier “Imaginación de Orinoco”, *IMAGEN*: 20-45).

<sup>8</sup> Aira (75) diferencia entre ver y mirar cuando describe el trabajo de Montesquieu, la creación de un dispositivo en sus *Cartas Persas*: “su condición de extranjeros les permite a los persas pasar del ver al mirar”. Respecto de Carpentier esta diferencia cobra peso en la formulación de su estética, según veremos.

aspiración “designativa” han producido entonces, una afirmación que retroactúa y, entre mucho, permite recuperar la escritura colombina.<sup>9</sup> En 1947, Alejo Carpentier escribe su primera imagen del Orinoco visto desde el cielo literalmente, desde la ventanilla del avión que lo lleva a la Guayana venezolana:

hasta el momento de conocer el Orinoco, jamás pude pensar que un río -cosa circunscrita, camino de agua entre riberas -pudiera situarse en el límite de un área de visión con los prestigios de un brazo de mar, como si su orilla delimitara una tierra. Porque el Padre Orinoco no pide permiso a la tierra - como los ríos que se dejan conducir por el relieve de la tierra- para correr hacia donde se le antoje: *el Padre Orinoco, por el contrario, parece haber roto la tierra con un gigantesco diente de arado: parece haberla dividido, haberla arrojado a ambos lados de sus aguas*, como algo endeble, de muy mezquina índole. Donde está el Orinoco, lo que cuenta es el Orinoco (Carpentier 1999: 57).

Es una imagen inaugural al menos en dos sentidos: es desde lo más alto separado de la tierra y es la primera del río en sus cinco crónicas publicadas en *El Nacional* y en *Carteles*; sin embargo en ella (en lo subrayado) resuena alguna frase de Julio Verne muy apegada a las inolvidables ilustraciones de sus *Obras Completas* que seguramente Carpentier atesoraba, las editadas por Hatzel, el mentor del “brujo francés”, una imagen típica de los mapas antiguos, las crónicas o los registros en gráficas que Salvador Garmendía conocía muy bien y menciona en su carta.<sup>10</sup>

Alejo Carpentier llega a Venezuela en 1945 por invitación para organizar una estación de radio.<sup>11</sup> Se queda catorce años y la adopta como “patria de la vocación” a la manera de Chaffanjon o de los famosos aventureros franceses. Y agregaría, como patria del aprendizaje y la producción, porque Venezuela no solo le permite “completar” (es un uso de Carpentier) su visión de América, sino escribir cuatro de sus novelas mayores, entre ellas, *Los pasos perdidos* (1959), la novela de la Guayana y es claro, del Orinoco.<sup>12</sup> Si la de Julio Verne abre espacio a la narrativa literaria sobre el Padre Río, podría decirse que la de Carpentier es el grado más alto de cristalización en una posible serie latinoamericana que incluye *La vorágine* (1924) de J. E Rivera y *Canaima* (1937) de R. Gallegos, aunque en estas últimas no sea el río sino la selva el abismo asediado.<sup>13</sup>

<sup>9</sup> Dice N. Jitrik (24-25): “la designación consistiría en una tentativa de encuentro con las cosas mediante las palabras, lo que indica que esta tendencia (esta narrativa) es inquisitiva, gnoseológica ya sea de algo que podríamos llamar “realidad”, ya de una manera de ser o sobre un ser o una existencia latinoamericana.”

<sup>10</sup> “Quien mire desprevenidamente un mapa de Venezuela, podrá descubrir una línea azul que la divide” (Verne: 14).

<sup>11</sup> Se trata de su amigo Carlos Frías.

<sup>12</sup> Recordemos que las cuatro son: *El reino de este mundo* (1949), *Los pasos perdidos* (1953), *El acoso* (1956) y *El siglo de las luces*, escrita casi en su totalidad durante este período y publicada después de *Los pasos perdidos*.

<sup>13</sup> En los tres casos se trata de novelas de exploración que terminan cobrando matices iniciáticos: un *viator* emprende el ingreso en el *mundo salvaje* movido por razones que después se trivializan, no sólo a raíz de los riesgos imprevistos que la aventura depara, también porque el contacto *vivencial* con dicho ámbito subvierte o relativiza los esquemas y las codificadores inherentes a su propia racionalidad, incluyéndolo en un proceso de transformación más o menos permanente. Desde la inestabilidad emocional de Arturo Cova, pasando por la energía arrolladora de Marcos Vargas hasta llegar a la insatisfacción del explorador de Carpentier, se trata de sujetos lanzados a atravesar la línea de lo reconocible para sumergirse en la frontera, territorio-otro cuya

Los homenajes de Carpentier suelen instalar el gesto crítico en el sentido de una separación mediante la reflexión, entonces de avance respecto de un archivo que si opera como fundamento, pretende rebasarse. Me refiero a Gallegos (para ciertos críticos es Rivera el homenajeado, aunque en algún ensayo menciona a ambos)<sup>14</sup> y la conocida cita del capítulo XXXIV de *Los pasos perdidos*: “Tengo en mi maleta una novela famosa, de un escritor suramericano, en la que se precisan los nombres de animales, los árboles, refiriéndose leyendas indígenas, sucesos antiguos, y todo lo necesario para dar un giro de veracidad a mi relato” (240).<sup>15</sup> Pero si el deseo es diferenciarse de la propuesta estética de corte realista – regionalista que,<sup>16</sup> me parece, Gallegos supera con amplitud,<sup>17</sup> es ostensible que novelas de padres como éstos resultan ecos difíciles de ahogar, reaparecen entre líneas y tras opciones decisivas. Pienso en el retroceso en el tiempo que el viaje como avance en el espacio implica, tanto en *Canaima* como en *Los pasos perdidos*, exactamente igual desde muchas palabras elegidas y no solo como proceso; o en la experiencia de la tormenta como prueba que el héroe logra superar, un rito de pasaje que Carpentier a diferencia de Gallegos ubica durante la navegación recuperando otra vez a J. Verne. Pero sus fuentes también son los escritos de viajeros, por ejemplo uno de los primeros, el jesuita José Gumilla, quien describe la fauna del Orinoco y la Guayana y produce una narrativa tensada de continuo (quizás lo que más atrae a Carpentier) porque revela el conflicto entre la incidencia de los patrones del bestiario medieval y los criterios clasificatorios de la zoología moderna.<sup>18</sup>

Referida esta novela ineludible, intento trazar líneas hacia el Orinoco que Carpentier ve – experimenta antes de publicar *Los pasos perdidos* y revisar no las famosas crónicas que constituyen el germen de la novela, sino cuatro artículos (así los llama él) incluidos en la Sección “Letra y Solfa”, también de *El Nacional*, en 1952.<sup>19</sup> Si prueban una de sus

---

geografía y coordenadas desconocidas los desorientan y capturan, alzándose como el límite más resistente a sus voluntades e intereses (interpretativos, civilizatorios o reformadores, personales o sociales), y lo más notable, haciendo tambalear la noción de hegemonía cultural.

<sup>14</sup> Véase por ejemplo, Carpentier 1984: 125.

<sup>15</sup> El tema parece haber rondado a Gallegos desde siempre: en una conferencia dictada en el Roerich Museum, bajo el patrocinio de la Federación Latinoamericana de Estudiantes de Nueva York. En septiembre de 1931, es decir, antes de la publicación de *Canaima*, se refiere a la región como “las tierras de Dios”, y no es ocioso recordar una cita de su primera novela, *Reinaldo Solar* (1920) donde se la anticipa a través de expresiones e imágenes de un texto que el protagonista escribe (“*Punta de raza* había estampado ya con gordos caracteres en el croquis de la carátula dibujada por él, en la cual *se veía a un hombre desnudo*, de hirsuta barba de tinta china, en la linde de una selva inhollada, bajo un largo vuelo de garzas, mirando salir el sol en *éxtasis*”, (Gallegos 1947: 15)).

<sup>16</sup> Las palabras “precisan” y “veracidad” pueden relacionarse, en la perspectiva de Carpentier, con los conceptos “ver” y “mirar” que contraponen como generadores de dos formas de nombrar América. En *Los pasos perdidos* (208) esta diferencia se plantea como clave de lectura en una oración contundente que, en su brevedad, formula su estética intencionalmente alejada de modulaciones anteriores, esto es, un regionalismo concebido sólo como fundamento y a efectos de una superación: “Y cuando de ver se pasa a mirar se encienden raras luces y todo cobra una voz”. Importa entre mucho, la posibilidad que la misma novela ofrece, la de enlazar (se) como un nudo en la red de representaciones de/sobre América históricamente constituida y aún productora de sentido.

<sup>17</sup> Desarrollo extensamente este juicio en *Rómulo Gallegos. Imaginario de Nación* (Cap. IV).

<sup>18</sup> Véase el estudio de Vladimir Acosta, “Un vaho mortal sobre el Orinoco”. En: *Imagen* (37).

<sup>19</sup> *Letra y solfa*, con selección, prólogo y notas por Alexis Márquez Rodríguez (348 págs.), reúne un centenar de los publicados en *El Nacional*. La sección “Letra y Solfa” fue denominada así por el mismo Carpentier, porque era sección sobre literatura y música. Hay una edición cubana en *Letras Cubanas*.

convicciones, que “el periodismo tiene sus imperativos” (Arias 1977: 21), cuando se leen en conjunto reenvían a su manera ejemplar de periodismo culto (aun desde los imperativos) y a la par contribuyen a engrosar ese imaginario conflictivo que enuncié desde una cuestión inesperada que lo aproxima a los entusiasmos de Verne. Los títulos de las cuatro colaboraciones clarifican mis palabras: “Platillos sobre el Orinoco”, “Plutarco y los platillos”, “Los platillos no son una novedad”, “Un filósofo ante los platillos”.<sup>20</sup> La primera (“Platillos sobre el Orinoco”) funcionaría como un texto-base, no sólo por la referencia al Padre Río desde el título, sino por el afianzamiento de un sujeto muy poderoso (“yo”) en una serie que, desde aquí (lugar territorial y desde donde se enuncia) propone un juego expansivo y densificador del tema de actualidad.

En relación con este primer artículo de Carpentier, el cambio de registro determina su respiración discontinua, de ahí una organización posible en tres momentos: la apertura, cuya retórica coloquial establece un contacto directo con el lector, abre al centro de la cuestión y ubica (nos - se) respecto del acontecimiento:

Bueno: ahora que muchos los han visto, ahora que la fotografía de uno de ellos apareció en primera plana de nuestro periódico, ahora que los científicos testarudos no podrán decirle a uno que son espejismos, puedo decir que yo también he visto platillos voladores. Y junto a mí los vieron varias personas dignas de crédito. Y no fue ayer. Fue hace cuatro años, sobre el Orinoco. Muy exactamente a las 10.20 de la noche del 23 de agosto de 1948.

Los cortes sintácticos confieren agilidad al párrafo, que desde el modismo “bueno” planta frente a un contexto de opinión donde se destacan los adversarios y sus consideraciones (“científicos testarudos”) porque como todo discurso doxológico, éste es adversativo, pretende polemizar y sentar una posición de verdad cuyo efecto esperado es la credibilidad, aun cuando se trate de un “prodigio” (es su uso).<sup>21</sup> Dicha posición se funda en la condición de testigo validado por el “he visto”, un sujeto que no vacila porque además de *ver*, carece de prejuicios o ideas sobre el tema. La referencia al olvido (“No pensé más en lo visto”), su silencio, son garantías aquí: el episodio, ocurrido 4 años atrás, se revela “ahora” –un adverbio repetido tres veces en el inicio de este párrafo-, *en vista de* ciertas pruebas que lo han inducido a la contundente afirmación después de haber comprendido.<sup>22</sup> Las pruebas son unas fotografías aparecidas en *El Nacional*, y como aclara en el tercer momento del artículo, en un número de la revista *Life* hojeada por casualidad. A propósito, vale la pena apuntar que hacia 1952, el firmamento norteamericano parece haberse llenado

<sup>20</sup> Las colaboraciones se encuentran en: <http://es.geocities.com/ovniscubanos/pages/alejocar.htm>. Todas las referencias en cuerpo corresponden a estas versiones.

<sup>21</sup> Conviene repasar la etimología latina: Prodigium. Milagro / Cosa que parece en contradicción con las leyes de la naturaleza. Cosa maravillosa y sorprendente.

<sup>22</sup> Las fuentes sobre el tema coinciden en ciertos datos que acercan a la fecha del avistamiento de Carpentier. Cito sólo una: “en 1947 (en Estados Unidos) Kenneth Arnold avistó nueve platillos sobre el Monte Rainier (lo que dio comienzo a la “época contemporánea” de los OVNI) el ATIC (Aerial Technical Intelligence Center, Servicio de Inteligencia Técnica Aérea) con asiento en la base aérea de Wright Patterson, Ohio, creó el Proyecto Sign (“Proyecto Signo”), con el fin de estudiar las principales observaciones realizadas en el territorio de los EE UU. Esta comisión, integrada por militares y algunos científicos elevó, en 1948, un informe al Pentágono (donde) se admitía la realidad física de los OVNI y, más aún, que era “muy probable” la posibilidad de que dichos objetos fuesen aparatos extraterrestres” (Cfr. “La farsa gubernamental”).

de platos voladores; algunos mencionan “oleadas memorables” que conmocionaron distintas ciudades, la de Washington por ejemplo, avistadas no solo por gente común, sino por políticos, militares, hombres de ciencia, repentinamente obligados a discutir sobre la probabilidad de vida en otros planetas y condicionados por las pruebas a aceptarla como lo “políticamente correcto”.

Mi frase *en vista de* orienta a lo recurrente, la visión, tanto a través de verbos como de sustantivos que inscriben una constante en Occidente, conocer por la percepción visual directa, propugnada desde Aristóteles y asumida por la Historia como discurso de autoridad, entonces por los historiadores fundados inicialmente en la observación y en la condición de testigos:<sup>23</sup> “Nosotros preferimos la vista... De todos los sentidos (es) el que nos hace adquirir más conocimiento y el que nos descubre más diferencias”, sentencia el filósofo en la *Metafísica* y sus palabras obran como un mandato para Carpentier en este caso.

El segundo momento del artículo figura al cronista (el gran narrador), quien irrumpe para actualizar la experiencia desde un relato que recuerda otros: “Navegábamos a bordo de “El Caribe”, conducidos por la firme mano del capitán Eustacio, veterano de viajes a lo largo del Padre Río”; y más adelante: “Íbamos por nuestro cuarto día de navegación” Es el registro de las crónicas de *Visión de América*, hermanado a zonas de *Los pasos perdidos*. Pero si seguimos leyendo, se parece mucho al registro del narrador de Julio Verne, cuando en el mismo lugar, las cercanías de Urbana (que llaman capital del Medio Orinoco), también durante la noche, introduce lo que aparentemente es inexplicable (el prodigio) en atmósfera de misterio, aunque en su caso, llegada la luz del día, se revela como algo propio del dominio de la naturaleza, extraño pero posible pues responde a lo legítimo-legitimado, ha sido una comprobación anotada por viajeros que exploraran la región. Me refiero a una invasión de tortugas gigantes.<sup>24</sup> En cambio, Carpentier dice:

De pronto la noche dejó de ser noche. Una luz blanca, cruda, intensísima, se hizo sobre nosotros. Escuchamos un ruido como papel celofán que estrujaran. Y pasaron a gran velocidad, tres discos de color blanco verdoso, uno tras otro... –Aerolitos!... exclamé, buscando la explicación más *lógica* al *prodigio* (Subrayado mío).

La última frase materializa la pulsión que rige los cuatro artículos de la serie propuesta en este ensayo y apela a la tensión poderosa que marca el estilo de Verne: racionalidad científica / exploración de lo desconocido. Es decir, si las palabras “lógica” / “prodigio” orientan a órdenes antagónicos, ambas coexisten aquí en armonía; diferentes y refrendadas, al fijarse en la continuidad del sintagma se enlazan por la necesidad de su interacción. La razón es poderosa. Es el instrumento capaz de explicar (o anhelo direccionante) aquello que contradice o quiebra el orden de lo conocido; pero si Carpentier le confiere privilegio, también insta un enlace con lo que la excede, el prodigio, y la escritura, al propiciar ese enlace, se vuelve réplica del espacio a descubrir, que aglutina lo

<sup>23</sup> En la etimología de historia se halla su raíz indoeuropea \*wid-weid (ver). Según Benveniste, esto no significa solo “que sepa”, sino propiamente “que vea”.

<sup>24</sup> “Todos los autores que hablaron de las tortugas del Orinoco, como el P. Gumilla, el P. Caulín, el P. Gilij, von Humboldt, el propio Chaffanjon, enfatizan su extraordinaria cantidad” (“El soberbio Orinoco en 80 mundos”. En: *IMAGEN*: 24).

antagónico en perfecto equilibrio (el Orinoco, el contexto selvático, América). Más adelante, este Carpentier viajero y cronista refuerza el plano nominal y reenvía al imaginario conflictivo que anoto desde el principio:

Yo lo comenté, en aquel momento, con mis compañeros de navegación, viéndolos como complementos de las muchas imágenes maravillosas que se nos habían ofrecido, hasta entonces, en Guayana. Tomé luego el “Diario” de viaje, y apunté: “23 de agosto, 10.20. Asistimos al paso de varios aerolitos. Ver si Gumilla, por casualidad, señala algo semejante en su libro”.

Difícil sustraerse del influjo de Colón. Pese a la falta de cualquier referencia, el uso *maravillosas* y la mecánica de registrar el presente en un diario de viaje encastran de inmediato en el nudo y el gesto físico que, como se sabe, dieron estatuto escriturario a la región. Hacia 1952 Carpentier ya había publicado su Prólogo a la primera edición de *El reino de este mundo* y reflexionado sobre lo real maravilloso, una teoría que nutre ésta y otras novelas como *Los pasos perdidos* o *La consagración de la primavera* y se amplía en los ensayos. En uno afirma: “Todo lo insólito es maravilloso”. Es conocido que cuando Carpentier teoriza al respecto, no define lo maravilloso como algo ajeno a América en tanto real, sino como un “complemento”, llámese “hecho”, “característica” o “elemento” constitutivo de dicho objeto.<sup>25</sup> En el artículo de “Letra y solfa” que analizo, la frase “viéndolos como complementos de las muchas imágenes maravillosas que se nos habían ofrecido, hasta entonces, en Guayana” redundante en su teoría que, vale la pena insistir, no compromete solo lo estético, sino una particularidad de nuestro continente al alcance la mano, imbricada además a una forma de *mirar (escribir)* la diferencia,<sup>26</sup> una teoría cuestionada por algunos críticos en tanto idealización riesgosa que se apega aunque no lo parezca, a visiones externas a América.<sup>27</sup>

El tercer momento del artículo es un regreso al primero: se trabaja la credibilidad o efecto pretendido y se abona la rectificación de la equívoca interpretación inicial del hecho que se le ha *revelado* más tarde por comprobación analógica (por la fuerza de la razón) ante imágenes gráficas y descripciones similares, esto es, fuentes *fidedignas* que proveen los mismos datos: “¿cómo podían ser aerolitos... si eran tres y avanzaban en... “formación”...? Lo que habíamos visto... eran platillos voladores”. Enlazado a esta afirmación contundente, el párrafo de cierre subraya el dominio de lo probatorio con la mención de otros testigos que, por evidente necesidad, transforman el yo en nosotros (habíamos visto) y así lo recargan de autoridad; todos han visto y son “personas dignas de crédito” porque gozan de prestigio (como ese yo que enuncia): dos son profesores, uno es jefe civil.

<sup>25</sup> Véase, por ejemplo, Carpentier 1984: 120.

<sup>26</sup> “Lo que debe saberse es *para qué hombres está hecho el paisaje- para qué ojos, para qué sueños, para qué empeños*. La medida del hombre es también la del ángel, dice San Juan en el Apocalipsis. A Colón quedó estrecho el Mar Océano, como corto a Cortés el camino de Tenochtitlán. Es probable que Pizarro el castellano hubiera proseguido el camino que abandonara el inglés Raleigh. Para los indios que viven en la Gran Sabana y han guardado la fe primera, esas montañas salidas de las manos del Creador el día de la Creación conservan, por la limpieza de sus cimas nunca holladas, por su majestad de grandes monumentos Sagrados, toda su índole mítica” (Carpentier 1999: 23. Subrayado mío).

<sup>27</sup> Me refiero entre otros a Víctor Bravo.



Este tercer momento también abre a lo que vendrá: las intervenciones restantes repiten retóricas de comienzo para afirmar el lugar desde donde se enuncia en una discusión que se sostuvo por algunos meses de 1952, divididas las aguas entre “platillistas” y “anti-platillistas”, y para establecer arcos de complicidad con el público.<sup>28</sup> Sin embargo, interesan por un lado el trabajo expansivo y densificador que anticipé, cuando se percibe una clara ideología de la formación / información cuya base es la lectura como principio sustentador (a la par que formador) de conocimiento y pensamiento crítico, para sí y para los que consumen materiales escritos, y por otro, el asedio de lo maravilloso que en estas intervenciones se torsiona, se reconoce en lo propio, pero también compromete lo ajeno, otros tiempos o lugares, es decir, se universaliza para universalizar nuestro continente.

Cuando analizamos la serie completa, los imperativos vislumbrados tras ciertas expresiones de la primera intervención se saturan cada vez. Entonces, hablar del prodigio del que todos hablan, escribir sobre lo que parece intrascendente, participar de una polémica de actualidad sobre un tema que no sería digno de consideración, etc., cobran un peso distinto porque Carpentier no permanece en la superficie, sino que excava el archivo e indirectamente muestra su deambular entre documentos disímiles metacomunicando por ejemplo, la índole de dicho lugar de acumulación donde conviven materiales y registros de respiración discontinua como sus textos de divulgación en “Letra y solfa”. Es un trabajo arqueológico destinado a ratificar una nueva hipótesis sobre el tema: *no se trata de novedad alguna*. En el texto que elijo como base cita a Gumilla o la primera autoridad a consultar respecto del Orinoco y, como señalé, en el afán por acopiar credibilidad, transcribe el gesto de registrar y el párrafo del diario o primer producto material, privado, de su propio viaje, que de este modo también quedan al descubierto (“... apunté: 23 de agosto. 10.20. Asistimos al paso de varios aerolitos. Ver si Gumilla, por casualidad, señala algo semejante en su libro...”). Todavía está afincado en el cielo del Orinoco. Pero cuando se desprende de este espacio que le ha permitido “ver” (*ventana* es la denominación de los expertos en OVNI), se lanza a la operación recaudadora de fuentes sobre el tema, de nuevo como el historiador que busca e incrementa el número de pruebas en tanto ejercicio de control. A través de dichas fuentes surgen otras: los testimonios de filósofos, cosmólogos, pastores protestantes, físicos, novelistas, periodistas, aviadores, gente común... desde los más conocidos como Plutarco a los no tan nombrados,<sup>29</sup> como Simón Goulart; desde la época clásica hasta fines del s. XIX, precisamente los años cuando Verne escribía su *Soberbio Orinoco* y se registraban numerosas *observaciones* en el mundo entero (la Riviera, Turquía, Nueva Zelanda, Inglaterra, y es claro, Estados Unidos - Virginia, Alabama, Vermont...), unos prodigios de los que el “brujo francés” tuvo conocimiento, según cuentan sus biógrafos.

Las operaciones de la razón aplacan el deseo y alimentan la maravilla. La hipótesis que formula Carpentier, refrendada porque se transforma en el título de una intervención

<sup>28</sup> En “Los platillos no son una novedad” por ejemplo, escenifica de modo risible esas discusiones desactivando hipótesis generalizadas: “los marcianos son como insectos”- declara aquella señora, a la hora de la merienda. “Son armas secretas de los rusos”- afirma aquella otra, que tiene el informe de una fuente autorizada”. “Cómo serán? ¿cómo serán?- suspira una solterona”.

<sup>29</sup> Plutarco creía en la existencia de islas errantes en el éter. Y las describía como cuerpos redondos, dotados de una armónica rotación, que se acompañaban de un leve silbido en el aire” (“Plutarco y los platillos”).

posterior,<sup>30</sup> sin dudas lo eleva por encima de lo anecdótico y lo propone un maestro cuando se trata de activar el fenómeno de la persuasión. No importa elucidar la naturaleza del prodigio, esto es, “si los platillos voladores pertenecen al mundo de la realidad o de la fantasía”, es decir, a un argumentador que valora el pensamiento científico no le conviene realizar afirmaciones sobre temas que implican la ciencia pero son incapaces de someterse a alguna comprobación eficiente, y así quedar atrapado en el círculo de la opinión o de las preguntas del común (inscriptas irónicamente en la escenificación que transcribo en nota 31). De ahí su desplazamiento hacia un lugar sólo frecuentado por algún “curioso ensayista, poseedor de la más envidiable erudición”,<sup>31</sup> podría decirse, alguien como él. Es la primera autoridad sobre quien se apoya, que intertextualiza y anota a efectos de la hipótesis tan afanado en ratificar (en otra intervención recurre a las aportaciones del semanario *Match* de París que en la misma época recupera testimonios sobre fenómenos celestiales de esa índole durante los siglos XVIII, XIX y XX).

Pero si lo ajeno abunda, no se pierde el control del enunciado: ciertas acotaciones, ideas o frases vertidas antes atraen de pronto al propio lugar de enunciación (“Idéntica descripción de los platillos voladores nos ofrecía *Life* hace algunos meses”).<sup>32</sup> Y en determinados momentos la imagen del sujeto que escribe se engalana, se alza, tanto por encima de los lectores como de la cuestión de actualidad; entonces, en sesgo asedia la noción de Buen Gusto entendido como el “conjunto expresivo de maneras de ser y de tener, de parecer y poseer, de aparecer y comportarse, de todo aquello que puede ser indicativo... de una situación determinada de prestigio...” (Altamirano 2002: 111). Cuando recurre a la escenificación para introducir opiniones del común sobre los extraterrestres dice:

¿Cómo serán? ¿cómo serán?- suspira una solterona, pensando en Roldán el temerario. “La vida de Marte es imposible”- concluye doctamente un buen señor olvidando que, hace medio siglo, muchos ictiólogos sostenían que no podía haber peces en las profundidades abisales, a causa de la presión... hasta que el príncipe de Mónaco trajera peces vivos de aquellas mismas profundidades. En fin... (entrar) en un mundo de hipótesis que mucho tiene que ver con las revistas de “science fiction” y las novelas de H.G.Wells- el novelista de “Los primeros hombres en la Luna”- a quien Anatole France calificaba de “filósofo que no teme a su propio pensamiento.”<sup>33</sup>

Es claro que Carpentier pretende la complicidad, pero también enseñar -en el sentido de formar- a un público del cual se distancia, ya por el efecto irónico, ya por la

<sup>30</sup> “Los platillos no son una novedad”.

<sup>31</sup> Dicho ensayista no es nombrado en “Plutarco y los Platillos”. En “Los platillos no son una novedad” menciona a “ciertos investigadores (que) se entregan actualmente a una curiosísima labor: la de saber si las apariciones de platillos, tan frecuentes desde hace tres años, tiene antecedentes”. Es decir, tampoco cita con nombre y apellido. Pero en “Un filósofo ante los platillos” se refiere a “un joven ensayista, Miguel Carrouges... (quien ha) examinado y comprobado declaraciones”, de lo cual puede inferirse que sería el “curioso en ensayista” de antes. Recordemos que M. Carrouges fue además de escritor, un teórico del surrealismo, movimiento al que perteneció desde los años '30 y del que fue excluido en 1951 por diferencias respecto de sus convicciones religiosas. Fue amigo de Dalí, Duchamp, Giorgio de Chirico y André Breton y autor entre otros, de los reconocidos *André Breton y los fundamentos teóricos del surrealismo* y *Las máquinas célibes*. En relación con el tema que nos ocupa Carrouges escribió *Les Apparitions de Martians*.

<sup>32</sup> Ibid.

<sup>33</sup> “Los platillos no son una novedad”.

presunción de algunos desconocimientos (la ampliación a través del dato entre guiones o en subordinadas lo revela). Su imagen de lector modelo es la de alguien capaz de interpretar el presente a través de filósofos y sociólogos, hablar y escribir más de un idioma, circular cómodamente entre las Ciencias y las Artes, los clásicos y los contemporáneos, el presente y el pasado... Una imagen que ya valoraban los primeros padres letrados (los legisladores, si apelamos a la concepción de Bauman) o la “aristocracia intelectual” de principios de siglo XX que portaba esa insignia acuñada por Rubén Darío a que se refiere Rama (24), “muy antiguo y muy moderno”.

Sus gestos lo entretujan a las fuentes y así lo convalidan como un informante calificado que si bien transcribe, también expande, profundiza y completa. Los párrafos anteriores, mis propias palabras reenvían a esa ideología de la formación / información para sí y para los demás, el motor que dirige otros avances en la serie: por un lado, los platillos son buenos pretextos para reflexionar (como reflexiona el “joven ensayista”) sobre las tensiones entre lo sagrado y lo profano, lo terrestre y lo celeste, etc. que han desvelado a los hombres de todas las civilizaciones como una necesidad resignificada y resemantizada (los platillos serían el nuevo “enigma inquietante”). Se trata de otro desplazamiento después de la primera hipótesis, el cual involucra la actitud del hombre de su época frente al prodigio proyectado a otros planetas, aunque imbuido de un imaginario heterogéneo, tensado entre el mito y la utopía (ese par anticipado, que reitero por ser concentrador), vasto sistema accionado por la imaginación cuyo producto, la ficción, es capaz de “traducir en imágenes” las ideas, aun aquellas elaboradas por la ciencia (y rondamos nuevamente el *como si* al servicio del saber) (Baczko 1991: 26-27).

Pero Carpentier aprovecha la ocasión para lanzar la propuesta programática sobre un modo de escribir ensayo y este desplazamiento adopta la marca personal (y autorreferencial) porque incluso visualizado el pretexto, unos platillos voladores a estas alturas vigorosos, redundan en leer / escribir - informar / formar respecto de un dominio discursivo apegado de modo inevitable al periodismo culto o su opción de escritura en este caso. En dichos sentidos, “Un filósofo ante los platillos” resulta la intervención ejemplar pues si en el archivo visible de Carpentier conviven hasta aquí libros con periódicos, semanarios con revistas científicas, memoriales con revistas de divulgación, nombres antiguos con otros coetáneos, en el párrafo de apertura de la intervención citada, el ensayo como forma es protagonista junto a ciertos filósofos o miembros de una familia donde M. Carrouges y es claro, él mismo se inscribirían:

Roger Callois, con su ensayo sobre la evolución del concepto de guerra total, Pierre Mabilie, con su ensayo sobre el complejo paradisiaco en el hombre moderno, nos dieron típicos ejemplos de examen, análisis e interpretación de hechos ajenos a la literatura, y que forman parte, a la vez, de las preocupaciones de todo hombre culto, en nuestra época. Así está floreciendo un nuevo tipo de ensayo que tiende a alejarse de lo literario, de la obra hecha por otros, para tratar de acercarse -y “ensayar”, no lo olvidemos, es “acercarse”- a ciertos fenómenos, a ciertos hechos, a ciertas reacciones colectivas, de las que tenemos un conocimiento epidérmico, por así decirlo, pero cuya interpretación se hace particularmente difícil por lo inmediato y contemporáneo de sus manifestaciones.

Las palabras de Carpentier revelan deseos más y menos explícitos: en primer plano, según indiqué, la valoración del ensayo, un género proteico que, como ha sido estudiado,

nace en los albores de la modernidad, cuando la necesidad de formular hipótesis se transforma en el recurso a la ficción o el *como si* del que también surge la novela.<sup>34</sup> El ensayo es una forma que Carpentier desea despegar de lo estrictamente literario y exaltar por su eficacia para asediar, analizar e interpretar fenómenos culturales, tendencias, imaginarios sociales... Quizás la marca proteica del ensayo, esto es, su metamorfosis sistemática, originada por la absorción de voces y discursos que lo identifica y a la par determina una gran vitalidad, lo vuelve a sus ojos el espacio apropiado para indagar lo más actual; la valoración del ensayo parece responder desde esta perspectiva, a su posibilidad de conjugar, en palabras de V. Bravo (118), rigor y escritura, reflexividad y referencialidad. Pero Carpentier también recupera su propio gesto de ensayar -que define etimológicamente - y si abre este artículo de “Letra y solfa” con nombres y cuestiones de peso, diríamos indiscutibles, de inmediato introduce el eje que lo ha motivado, los platillos, una palabra que consta en los títulos de las cuatro intervenciones con lo que ello significa, es decir, la ocupación de un espacio destacado y disparador respecto del acto de lectura. Así pondera la cuestión, la forma discursiva y la fuente elegida como autoridad (“un joven ensayista, Miguel Carrouges”), enlazándolas a lo indiscutible, los filósofos que escriben nuevos ensayos sobre los temas ya legitimados. Pese a alguna frase de tinte relativizador por ahí intercalada, todo (incluso su gesto / su producto) cobra el mismo estatuto, y el periodismo de investigación y divulgación aun de lo que parece superficial, sigue proponiéndose un campo donde es posible esbozar ideas que comprometen el fundamento, Latinoamérica.

“Estoy seguro de que si hiciéramos una labor de investigación en las hemerotecas de América Latina, encontraríamos testimonios semejantes a los citados por el semanario parisiense”, dice Carpentier al cierre de “Los platillos no son una novedad” y sus palabras reenvían a una aseveración citada que cobra renovado interés: “Todo lo insólito es maravilloso”. Si la “ventana” de estos artículos, el Orinoco, permite *experimentar* lo insólito como lo que resulta posible y aquí es el “todo” que implica la maravilla, este último término no sienta en las intervenciones de “Letras y solfa” la diferencia o particularidad de nuestro continente completo que, asociada a lo real, permitiera a Carpentier formular una teoría. Por lo contrario, parece que el deseo y la acción de nuestros primeros modernos, esto es, la lucha denodada por universalizar este continente, un legado que muchos intelectuales latinoamericanos asumen después como algo imprescindible que espera cumplimiento, resurge con fuerza: en dichas intervenciones lo maravilloso es precisamente lo que nos hace y ha hecho partícipes del mundo, en el presente y el pasado. A su vez, el rostro de escritor que construye, absolutamente facetado (historiador, cronista, filósofo, periodista, literato...), si dialoga con la imagen de intelectual total de su época, también remite allí, a dicha zona fundacional, la literatura de ideas de principios del XIX o nudo operador respecto del desarrollo de nuestra escritura cuando se piensa en su instauración histórica.

Sin embargo debo destacar “el trabajo de extrañamiento y descubrimiento” que Aira menciona en su artículo, dos palabras cuya consonancia he respetado pues asociadas, revelan un proceso que no se interrumpe, la fuerza de un dinamismo que conlleva productividad, producto y efecto. Referir lo *insólito* en dicho lugar (eso que el hombre ama, según enseñara Aristóteles en la *Retórica*) como resultado de una *experiencia* en sentido benjaminiano,<sup>35</sup> es la diferencia que Carpentier fija por la escritura replicando el ejercicio

<sup>34</sup> C. Aira y V. Bravo por ejemplo se refieren a este engarce. Los menciono en particular por haber sido citados antes en este artículo.

<sup>35</sup> Recordemos que involucra percepción, recuerdo y relato según su planteo del primer artículo de la serie.

de los “conquistadores”, un uso anticipatorio de ese “juego” que se permite en *Los pasos perdidos*, donde goza de la libertad plena que el registro novelístico propicia y se autoconstruye así:

somos Conquistadores que vamos en busca del reino de Manoa (...) me he habituado a la rara distinción de condiciones hecha por el Adelantado, sin poner en ello, por cierto, la menor malicia, cuando al narrar alguna de sus andanzas, dice muy naturalmente: Éramos tres hombres y doce indios (157).

Aun cuando “los platillos no sean una novedad”, su gesto de escribirlo por primera vez desde ese lugar, de narrar esa visión justamente en el Orinoco, es la *novedad* que, reponiendo el espíritu (de lo nuevo) de las vanguardias como otro legado poderoso, a la par satura lo más antiguo, el deseo de constituirse en dueño

## Bibliografía

- Aira, C. (1993): “Exotismo”. En: *Boletín del Grupo de Estudios de Teoría Literaria*, N° 3, septiembre, 73-79.
- Altamirano, C. (dir.) (2002): *Términos críticos de la Sociología de la Cultura*. Bs. As.: Paidós.
- Arias, S. (comp.) (1977): *Recopilación de textos sobre Alejo Carpentier*. La Habana: Casa de las Américas.
- Baczkó, B. (1991): *Los imaginarios sociales*. Bs. As.: Nueva Visión.
- Bauman, Z. (1997): *Legisladores e Intérpretes (Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales)*. Bs. As.: Univ. de Quilmes.
- Benveniste, E. (1983): *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid: Taurus.
- Bravo, V. (1994): “Confusiones y deslindes en el realismo mágico y lo real maravilloso”. En: *Ensayos desde la pasión*. Venezuela: FUNDARTE, 140-147.
- Carpentier, A. (1993): *El reino de este mundo*. Chile: Editorial Andrés Bello.
- Carpentier, A. (1984): *Ensayos*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Carpentier, A. (1975): *Letra y solfa*. Selección, prólogo y notas por Alexis Márquez Rodríguez. Caracas: Síntesis Dosmil, Col. Rescate.
- Carpentier, A. (1975): *Los pasos perdidos*. Bs. As.: Schapire Editor.
- Carpentier, A. (1999): *Visión de América*. España: Losada.
- Colón, C. (1982): “Relación del tercer viaje”. En: *Textos y documentos completos*. Prólogo y Notas de Consuelo Varela. Madrid: Alianza.
- Fernández, G. (s/d): “La farsa gubernamental”, [www.alfilodelarealidad.com.ar](http://www.alfilodelarealidad.com.ar)
- Gallegos, R. (1974): *Canaima*. Bs. As.: Espasa Calpe.
- Gallegos, R. (1943): *Reinaldo Solar*. Bs. As.: Espasa-Calpe.
- Garmendia, S. (1982): “Este infeliz muchacho que se llama Jules Verne”. En: Julio Verne, *El soberbio Orinoco*. Caracas: Editorial Ateneo, 7-12.
- Garmendia, S. (1997): “Una venia para Chaffanjon”. En: *Imagen*, Año 30, Nro. 3, 28-30.

- Jitrik, N. (1988): “Tendencias actuales de la narrativa latinoamericana”. En: *El balcón barroco*. México: UNAM, 24-56.
- Marinone, M. (2010): “Platillos en el Orinoco”. En: Marinone-Tineo (coord.), *Viaje y relato en Latinoamérica*. Mar del Plata: Katatay Ediciones.
- Marinone, M. (2006): *Rómulo Gallegos. Imaginario de Nación*. Venezuela: El Otro el Mismo.
- Rama, A. (1976): “El Dictador letrado de la Revolución Latinoamericana”. En: *Los Dictadores Latinoamericanos*. México: FCE.
- Verne, J. (1982): *El soberbio Orinoco*. Caracas: Editorial Ateneo.
- Von Humboldt, A. (1991): *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*. Caracas: Monte Avila Editores.
- VV.AA. (1997): “Imaginación de Orinoco”. En: *Imagen*, Año 30, Nro. 3, 20-45.